

Chile

Significado del plebiscito

Juan José Monsant

La Constitución chilena de 1980, elaborada en plena dictadura militar y bajo la dirección directa del general Augusto Pinochet, previó la realización de un proceso electoral general para la elección popular del presidente de la república y la de un Congreso elegido en parte directamente por el electorado y en parte (un tercio) por designación presidencial. No se prevé un constituyente; esto es, el próximo Congreso será elegido bajo las pautas de la actual Constitución de origen democrático, y de esta forma habrá de ejercer sus funciones legislativas. A lo menos es así en principio, por cuanto el plebiscito del cinco de octubre en el cual ganó el NO de la oposición habrá de cambiar, a mediano plazo, las reglas del juego institucional introducidas por las Fuerzas Armadas en estos quince años de ejercicio gubernamental dictatorial.

Es evidente que la derrota de Pinochet no fue prevista por él ni por sus asesores más cercanos; por ello cuando decidió convocar un plebiscito con el fin de que el electorado se pronunciara a favor o en contra de su pretensión de convertirse en el primer presidente constitucional chileno desde el

golpe de 1973, sustentado en una legitimación nacida con la participación electoral de la oposición, no previó las consecuencias políticas que se generarían con su derrota.

Pero, ¿por qué fue derrotado? Es decir, en situaciones racionales se podría prever que una dictadura no organiza un plebiscito para perderlo, sobre todo un gobierno que, como el de Pinochet le dio una connotación ideológica a su gestión, firmemente apoyada por el capital extranjero, el interno y buena parte de una clase media que resaltaba el orden como una de las realizaciones más significativas del régimen. Tan seguro se encontraba Pinochet de su triunfo que, desde hace aproximadamente dos años, inició una política de apertura con las fuerzas de oposición, que fue desde el permitir el regreso de una parte de los exiliados para que se realizaran imponentes manifestaciones públicas en solicitud de democracia; el mismo sector de los medios de comunicación, a pesar de la censura gubernamental y la propia, por temor a represalias, de una u otra forma se iba haciendo cada día más libre y opositor. Por otra parte, el dictador resal-

tó en la prensa nacional e internacional los logros económicos alcanzados en estos quince años que, en términos absolutos, arrojaban cifras positivas de crecimiento económico, solventación de la deuda externa, reforzamiento del sector exportador y captación de la inversión externa, caso único con respecto a los restantes países suramericanos.

Puede afirmarse que esta cifra no se corresponde con la realidad del país y que los índices económicos no representaban un enriquecimiento equilibrado y global de la población, por cuanto ella se concentraba en un muy pequeño grupo constituido por banqueros, financistas e inversionistas, que de una u otra forma gozaron de la protección del régimen, que produjeron los índices económicos positivos, pero que también concentraron las ganancias en detrimento de la democracia económica; sin embargo, no se puede pasar por alto que la derrota de Pinochet se produjo por un pequeño margen si consideramos los quince años de feroz represión, el empobrecimiento general de la población y la división de la oposición alentada por la dictadura, división que

El pueblo chileno desbarató los cálculos de Pinochet



fue superada circunstancialmente durante el plebiscito. Según la cifra reconocida por la Democracia Cristiana, el resultado favoreció al NO por escasos ocho puntos, cifra exigua si se considera lo señalado anteriormente.

Otro factor que marcó una determinante en el respeto del resultado fue la actitud de la Fuerza Aérea chilena, comandada por el General Mattei, quien desde la misma convocatoria del plebiscito declaró que el resultado sería respetado y quien fue el primero en reconocer el triunfo de la oposición, adelantándose incluso al pronunciamiento oficial. Es obvio que la actitud de una de las fuerzas fundamentales de apoyo del General Pinochet sirvió para que el dictador respetara el resultado, a fin de evitar dividir la base social y política de su gestión gubernamental. Por otra parte, no puede desconocerse el hecho de que la estructura sociológica del chileno se fundamenta en la legalidad de los actos públicos y privados y toda acción se intenta enmarcarla dentro de la legalidad; de allí que todos los actos del general Pinochet se encuentren sustentados en el orden constitucional, así sea una constitución ilegítima en sí misma, y que la oposición haya concurrido a la convocatoria de un plebiscito dentro del mismo juego legal creado por la dictadura.

Ahora bien, las perspectivas que se abren a futuro inmediato (hay que recordar que para febrero del próximo año se realizarán elecciones generales para el Congreso Nacional y presidencia de la república, bajo las pautas de la actual Constitución) no son totalmente claras. Por una parte, el NO ganó el plebiscito bajo la unificación de diez y seis partidos que por primera vez lograron concentrarse en un objetivo común. Sin embargo, el próximo proceso electoral se presenta no para derrotar a Pinochet, sino para elegir a un presidente escogido dentro de uno de los 16 partidos que se coaligaron el pasado cinco de octubre, lo cual no será fácil, por cuanto en ellos convergen socialistas, centristas y demócratacristianos, tradicionalmente enfrentados y divididos entre sí. En primer término existe, cla-

ro está, el interés por regresar a la democracia, lo cual es un factor práctico que puede facilitar la escogencia del candidato, pero tendrán que ponerse de acuerdo en un programa mínimo común que satisfaga a todos los partidos coaligados y la forma de retornar a la normalidad institucional sin socabar la estructura militar que estará atenta a la gestión del nuevo gobierno y que significará un latente peligro para la novel democracia que se instaurará en Chile en 1989.

Por lo pronto, la oposición viene presionando al gobierno para que adelante el proceso electoral y para que Pinochet renuncie; esto puede ser un factor estratégico práctico y necesario, pero también una excusa para la dictadura, si no es manejada en forma inteligente esta presión sobre Pinochet. Los diez y seis partidos han iniciado una serie de acercamientos que deben concluir en la escogencia de un candidato común; en principio, pareciera ser que éste recae en la persona de Patricio Aylwin, demócratacristiano, y el partido con mayor número de militantes en Chile, que garantiza a su vez una inserción internacional a través de la Internacional Demócrata Cristiana, necesaria para el apoyo de una gestión que habrá de ser conflictiva, frente al estamento militar y la base social que apoyó la dictadura y

frente a los restantes partidos de la oposición, quienes comenzarán un juego proselitista y de lucha por el poder que no se sacrificará para aumentar el caudal militante de la DC en su propio detrimento.

Dentro de este panorama futuro, no puede pasarse por alto que la actual Constitución pauta que Pinochet se convertirá en senador vitalicio, podrá cambiar los comandos militares sin que puedan ser removidos por el próximo presidente y podrá designar a un tercio de los senadores; es decir, incluso dentro del nuevo orden, conservará un poder institucional que limitará el ejercicio de la democracia y que obligará a la realización de pactos que mediatizarán el mandato presidencial y la gestión de un Congreso necesariamente atomizado.

Por otra parte, existe un consenso en los partidos de oposición, quizá alentado por el actual gobierno, de que en esa coalición no participará el Partido Comunista ni los restantes partidos de corte marxista, factor éste vital dada la fortaleza del PC chileno, uno de los más antiguos del continente y que obviamente violenta la esencia de la democracia que se quiere instaurar. Con este cuadro no se puede ser particularmente optimista con el futuro de Chile; por el contrario hay que ser cauto y expectante.

